

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

ANECDOTAS Y MEMORIAS

UN GRAN MAGISTRADO

Yo he sentido siempre una gran debilidad por el Poder judicial. Me han gustado muchísimo los magistrados y los jueces y he tenido un gran respeto por sus decisiones.

La función judicial posee una importancia extraordinaria porque su voz domina sobre el griterío de las partes. Es mejor ser juez que abogado, aunque lleve consigo responsabilidades de conciencia que el letrado no siente, si bien lo comprueba cuando ha de dictar un laudo como amigable componedor.

Los abogados, por nuestro trato constante con los jueces y magistrados, somos los verdaderamente llamados a dictar opinión sobre sus condiciones de capacidad. Yo no recuerdo veredicto más rotundamente favorable que el merecido por el gran magistrado don Jerónimo Arozamena. Nos ha dejado recientemente, por haber sido trasladado al Tribunal Supremo. Le seguiremos escuchando como ponente de una de las salas de lo contencioso-administrativo a la que ha pasado, pero su voz resonará muy distante.

Le hubiéramos querido más cerca de nosotros, como ponente de las magníficas sentencias que había ido proponiendo a la Sala Primera de lo Contencioso de Barcelona.

Cuando yo estudiaba la carrera de abogado, me encantaba tanto la función judicial que las discusiones entre hermanos o familia las resolvía siempre a base de considerandos. Esta afición explica que desde que comencé a ver papeles, me interesaran ya muchísimo las anécdotas judiciales. Hice mis primeros años de práctica en el despacho de don José M. Vallés y Ribot, jefe del Partido Republicano Federal de Barcelona. El señor Vallés era un gran penalista. Tenía un despacho magnífico en la ronda de San Pedro. Un día, un amigo suyo ensalzó el lleno de clientes, diciéndole:

—Cada día hay más consultantes en este despacho.

—Todos son federales —contestó don José María.

—¿Esto quiere decir que no pagan?

—Aquí no paga nadie, pero lo peor no es esto, sino que nunca tienen razón.

Escuchábamos con deleite las anécdotas que el señor Vallés y Ribot y su primer pasante, señor Ridaura, nos contaban. En una ocasión un presidente de Sala que era andaluz hizo llamar a un testigo llamado Angel Gil. Para un andaluz, la pronunciación de estos nombres se hace difícil. El ujier no lo entendió y tuvo que repetirse, pero al seguir sin entender, creyó que lo mejor era llamar al testigo por la impresión fonética que había recibido y saliendo fuera dijo:

—Ja; je; ji.

—Zervidó —contestó uno de los agrupados ante la puerta de la sala, también andaluz, que supo por esta impresión fonética que se estaba llamando a Angel Gil.

El señor Vallés y Ribot era un republicado que no creía demasiado en la República. Le habían ocurrido cosas demostrativas de que el entusiasmo político tiene sus límites. En una ocasión, en un teatro muy lleno preguntó quién se alistaba para hacer la revolución. Un asistente levantó el brazo. El señor Vallés le hizo subir al escenario y, cuando le tuvo en él, se dirigió al público diciendo:

—Aquí tenéis a un nuevo Epaminondas.

El revolucionario se asustó un poco, pensando que de este nombre tan raro no podría salir nada bueno. El señor Vallés siguió comentando:

—Ya sé que la decisión es penosa, porque este hombre sufrirá frío, sufrirá hambre, ¡quizás perderá la vida!

El nuevo Epaminondas se asustó tanto que le dijo al presidente:

—Usted me pinta el futuro tan grave, que desisto.

Y bajó del escenario en medio del tumulto general.

Pero no hay duda de que en aquel despacho, entre anécdotas y cosas serias, se adquirían conocimientos muy interesantes para el ejercicio de la carrera.

Yo he querido y admirado la función judicial. Sus hombres constituyen la élite de los funcionarios españoles por su gran honestidad, esfuerzo y competencia, y me es grato afirmar, después de tantos años de ejercicio, que he recibido de ellos una gran cantidad de atenciones y muestras de simpatía, que han redoblado en mí el afecto que desde siempre les profeso. Por este motivo me complace tanto poder hablar, en concreto, de un hombre de la talla de don Jerónimo Arozamena, en el momento de dejarnos para siempre.

Sus sentencias escudriñaban de tal modo los rincones del asunto, que no había manera de encontrarles un pero. Eran extraordinariamente profundas en una materia tan difícil como es la urbanística, sobre todo en el aspecto de la expropiación. Cuando yo estudiaba la carrera, el profesor de Derecho Administrativo, don Jesús Sánchez Diezma, al que tanto recordamos los que fuimos sus alumnos, nos decía:

—Expropiación forzosa no quiere decir expoliación forzosa.

De esta afirmación derivaba la circunstancia de que si bien le es lícito a la Administración pública quedarse con los bienes de un particular, debe pagar el justiprecio. A pesar de que los textos legales que se han dictado, sobre todo por el Ministerio de la Vivienda, han ido transformando el justiprecio por un precio que no es justo, porque se aparta totalmente del valor del mercado, que a fin de cuentas es el que coincide con el verdadero valor de las cosas, el señor Arozamena fue inclinándose

siempre por satisfacer, dentro de lo posible, una suma que permitiera al expropiado adquirir cosas de la misma naturaleza, tesis ésta que el Tribunal Supremo, en su jurisprudencia ya un poco lejana, había estimado indispensable.

Fue una suerte que a partir del Estatuto Municipal los acuerdos de los Ayuntamientos y Diputaciones pudieran recurrirse ante los tribunales contencioso-administrativos. Antes de 1924, los recursos se proponían acudiendo al señor gobernador civil con alzada ante el Ministerio de la Gobernación y entonces la razón política pesaba mucho más que la de derecho. Desde el Estatuto Municipal del señor Calvo Sotelo, la jurisprudencia contenciosa sustituyó a las autoridades gubernativas, con enorme ventaja para el ciudadano. Esto ha permitido que ponentes como don Jerónimo hayan hecho posibles sentencias en las que el derecho lleva la supremacía sobre lo político. El señor Calvo Sotelo, a pesar de ser, cuando el Estatuto, director general de un Gobierno autoritario como el de don Miguel Primo de Rivera, fue el autor de esa dirección, que no minimizaba la personalidad municipal, aunque la mantenía dentro del respeto a los derechos del particular. No está de más recordar que el Estatuto de 1924 es un texto totalmente favorable a la autonomía de los municipios. En el Derecho político hay dos posturas a tomar. Grecia, por ejemplo, inventó la ciudad, mientras que Roma inventó el Estado. La legislación de 1924 cae del lado de Grecia, es decir, atiende preferentemente a los seres locales, en tanto que nuestra actual legislación se inclina por la tesis de Roma y piensa singularmente en el predominio del Estado, incluso en lo local.

Yo tuve la suerte de formar parte de la comisión redactora del Estatuto, junto con el jefe de Hacienda del Ayuntamiento de Barcelona, economista magnífico, don Miguel Vidal y Guardiola. Pudimos constatar el entusiasmo del señor Calvo Sotelo por la Administración local, cuyas directrices ha sostenido con tanta brillantez, en multitud de ponencias, don Jerónimo Arozamena. El trabajo para redactar el texto, cuyo espíritu se ha mantenido siempre, pues la misma República respetó las líneas generales del Estatuto, me viene a la memoria. Fue una actuación que duró meses. Después de la sesión de la tarde y de una cena frugal, era frecuente que continuáramos por la noche discutiendo en el Ministerio. Hacía las doce, en algún paró, yo miraba distraídamente, apoyada la cabeza sobre los vidrios del balcón, la vaga y somnolienta Puerta del Sol, por la que transitaban sin norte ni rumbo, paseantes perdidos. Allí en lo alto, muy cerca, muy lejos, llenas de majestad, temblaban las estrellas...

José María PI SUÑER

LOS ARABES CIERRAN EL GRIFO Y TODOS A MEDIA LUZ

DE momento, sólo se trata de unas cuantas restricciones, y en algunos sitios, además, meramente voluntarias. Se ordena o se aconseja al vecindario que gaste menos «energía»: menos luz, menos calefacción, menos idas y venidas con el coche, menos todo, en definitiva. Porque resulta que todo, todo, por un lado o por otro, de manera directa o indirecta —y no nos dábamos cuenta de ello!— depende del petróleo, y los árabes han decidido cerrar el grifo. La situación, si dura, puede producir efectos que aún somos incapaces de imaginar. ¿Quién, por poco anciano que sea, no recuerda la época en que la mayoría de los motores de explosión celtibéricos —incluyendo los de los camiones— funcionaban a base de extraños hornillos? Fueron los años amargos de la escasez local del carburante máximo. ¿Y qué decir de la cuarema eléctrica, cuando la sequía apretaba, o apretaban otras cosas? Las fábricas y los ascensores, y lo demás, quedaron sometidos a racionamiento, con el consiguiente oprobio físico y moral para los ciudadanos. Si: los que vivimos la experiencia no la sabríamos olvidar. Pues bien: lo que se acerca será mucho peor, infinitamente peor. Al fin y al cabo, entonces las muchedumbres indígenas vegetaban a un «nivel de vida» bastante mediocre: ni siquiera llegaban a sonar con las dos docenas de ventajitas, tiernamente asumidas, que ahora se les han convertido en costumbre, desde el televisor, la nevera o la lavadora, hasta el «600», las clínicas solventes o los supermercados...

Y si tal es la presunción para los de acá, todavía en trámite de alcanzar los afectuosos beneficios de la «opulencia», la cosa tendrá que agravarse en sitios donde el tinglado ha crecido en términos galopantes. Se daba por supuesto que no habría nunca —¿y por qué «nunca»?— fallos en el suministro de la «materia prima»: del petróleo, por ejemplo. Y allá se lanzaron ingenieros y gobernantes, empresarios y arquitectos, labriegos y catedráticos, a crear, en explícita confabulación, un sistema de interrelaciones cotidianas tremendamente complejo, indiscutiblemente útil y, ¡ay!, rotundamente precario. Nadie objetaba a la erección de «rascacielos», ni a que entre el lugar de trabajo y la vivienda personal del obrero, del oficinista o del profesor, medianen unos cuantos kilómetros de trayecto atribulado. Las soluciones parecían fáciles. Unos chismes mecánicos —el ascensor, el metro, el automóvil, el teléfono...— cubrían el presunto obstáculo. Y lo del transporte no era la única papeleta planteada. El transporte, aparte de los desplazamientos personales en sentido horizontal o vertical, afecta a los alimentos y a las medicinas, al periódico y al vestido, a los papeles impresos y al mismísimo dinero. Añadamos a la lista lo que se quiera: el quirófano, el deporte, la educación, las vacaciones, la recogida de basuras —de «excrementos», en general—, el rato de ocio. El precioso hidrocarburo está, según se deduce de las explicaciones de la crisis presente, en el fondo de este embrollo palpitante.

No ha de sorprendernos que los emires y los jeques, y sus derviches de asesoría, hayan reaccionado al «embargo» de petróleo a los países occidentales, poco o mucho simpatizantes con la

causa de Israel. Proprietarios son de los pozos más caudalosos, están en su derecho —la sacrosanta «propiedad privada»— de hacer con su líquido lo que les dé la gana. Han descubierto que el petróleo es un arma política importante, es lógico que la empleen. Como «arma», desde luego, el petróleo se está revelando tan importante o más que los dispositivos atómicos. Las bombas nucleares se prestan a trucos propagandísticos más melodramáticos: habría que ver si el saldo total es menos agobiante. Por supuesto, convendría aclarar dónde y cómo. Para los súbditos de los morabitos propietarios, el problema no acaba de ser demasiado gordo: inmersos en un beduinismo apenas suavizado por el río de dólares que desemboca en el bolsillo de sus amos, no ha de inmutarles —en principio— la maniobra. Pueden continuar resignados al ritmo ascético de siempre. No necesitan «ahorrar energía», en su miseria tradicional. Y los dueños y señores, feudales de piedra picada, tampoco pueden inquietarse. Tienen la sartén por el mango: el oro negro y el otro oro. Haría falta que las potencias occidentales —el asunto es estrictamente «capitalista»— se animasen a tomar medidas drásticas, de «embargos» monetarios, para que en el Golfo Pérsico abandonasen su severidad. Y eso no lo pueden hacer los mandamases involucrados: el «sistema» entero flaquearía. Por lo demás, para ellos, no hay mucha diferencia entre un Cadillac y un camello. Vi, semanas atrás, en un número de «L'Espresso», la foto más aleccionadora...

La ilustración —a colorines— de «L'Espresso» ofrecía un panorama de desierto, enorme, infinitamente arenoso, y en medio, una serie de sofás de tipo escandinavo, del último modelo en los catálogos de venta de muebles en el cogollo del «consumismo». La imagen tenía un punto de surrealista. En los mullidos asientos que intento indicar tenían puestas las posaderas unos individuos de aspecto siniestro, con la metralleta en brazo y el turbante bien encajado. Nada hay que oponer al capricho: yo, en la piel de los encartados, no me privaría del lujo. Cuando uno es un feudal como Dios manda, sería idiota no serlo. Y que se fastidie el prójimo, ¿no? En el Ho árabe-israelí, la confusión sistemática tiende a engañar al espectador, y por ambos lados. La idea de que los árabes del petróleo tienen algo que ver con los mahometanos de Palestina no pasa de ser una estafa. El problema es otro. Y si, a la larga, los palestinos del correspondiente Frente de Liberación Nacional salen ganando algo, será por casualidad. Lo que realmente se debate es el «pundonor» castrense y nacionalista, y sobre todo religioso, de la Sinagoga y el Islam. Como en la Edad Media. Y de ahí la estupefacción de los occidentales —los «orientales» son relativamente marginales al episodio—: metidos en sus coches, arropados por el electrodoméstico fiel, leyendo «comics» o Wittensteins, se descuidaban de que la Edad Media todavía no ha terminado. Y que esa Edad Media «manda». Tienen el petróleo.

No quisiera ser mal entendido —y menos cuando nunca falta un antropoide que anda al acecho, a la caza de motivos de reproche—

estoy «defendiendo» la posición colonialista. Me limito a describir, y en la descripción entra el hecho irrefutable de que el petróleo sigue siendo de «propiedad privada». Y aunque se «nacionalizase» (y ¡ahí te quiero ver, escopeta!), la «nacionalización» no dejaría de ser una trampa: los coronales y el clero coránico, de Nasser al de Libia, ¿son garantía de algo? Y menos que para el habitante de Londres, de Moscú, de Tokio o de Nueva York, para el propio vasallo. Y, más ampliamente, para el Tercer Mundo. Se ve venir la inclemencia. Pagarán los platos rotos las víctimas de siempre. Es inevitable. Ir al origen de las «causas» obligaría a hacer el Bousuet, e improvisar una suntuosa perorata «sobre la Historia Universal». Y lo de menos sería el punto de vista, sin descartar el de Marx, por cierto. Sea por lo que sea, los únicos recursos válidos para mitigar las perentorias indigencias de la «humanidad» —de hambre, de salud, de ánimo— no proceden precisamente de los morabitos petrolíferos. Ni la aspirina, ni el bisturí, ni los sopicaldos sintéticos, ni los rodamientos a bolas, ni el telegrama. No digo Mozart o Leonardo, porque sería discutible, pero sí Kant y Hegel, que están en la raíz de Einstein o de Lenin. E insisto: el desastre final, que recaerá sobre todos, será mucho más aflictivo para la zona subalterna, recién emancipada, o ni siquiera emancipada.

El día en que se detengan por falta de combustible los engranajes de la Europa comunitaria, y que, por supuesto, entren en plena deficiencia los de Estados Unidos, la modesta población de Neocapitalismo se las verá negras. Pero más negras aún —lo perciban o no— se las verán los habitantes del Tercer Mundo. Bien mirado, eso del petróleo es un «boomerang»: el lanzamiento agresivo revierte al punto de partida, ha de revertir sobre él necesariamente. Padeecerán el golpe otros individuos, y no precisamente mahometanos. Como siempre, las mediaciones europeas tratarán de resolver el apuro propio, de entrada. Si ahora mismo la circulación rodada —con bencina, se entiende— empieza a restringirse para los fines de semana de la «sociedad opulenta», no tardará mucho a extenderse, si no se extendió ya, a los vuelos —las navegaciones que llevan apoyo al ámbito del Subdesarrollo. Arma de dos filos, como todas, el petróleo puede desencadenar curiosos fenómenos «revolucionarios» en los territorios de mucic fusilero. Alemania acaba de dictar reglas aprensivas respecto a los trabajadores extranjeros. ¿Qué harían los mandarines de Argelia si, de golpe, Francia, una Francia acogotada por la falta de «esencia», les devolviese —es un decir— los centenares de millares de peones que explota y alimenta? ¿Y qué ocurrirá con los pocos o muchos hospitales de la «Négritude», cuando afloje el suministro de la ex Metrópoli? ¿Y cómo se pondrán los «precios» —esa ficción dolosa de las altas finanzas—, mientras tanto?

La novedad es eminente. No cabe discutirla. Los árabes podrán hacer lo que quieran con su petróleo: el chantaje tiene virtualidades espléndidas. Será una tontería creer que la cosa terminará con meter en cintura a doña Golda y al

Tuerto. Esta es la excusa provisional. Ahora se habla mucho del sionismo, pero se silencia escandalosamente el «panarabismo», y, lo que todavía es más indecoroso, la Guerra Santa. El futuro es éste: el Moro Muza, en vez de blandir el consabido alfanje, amenazará con la rrovisión de hidrocarburos. Para frenar o extirpar al Estado de Israel, o para lo que sea: mañana por la mañana, los cadis pueden levantarse con cualquier otra veleidad entre ceja y ceja, y Dios nos coja confesados. En esto estamos... No hay mal que por bien no venga, naturalmente. La reducción de carburantes puede ofrecer bellos resultados: disminuirán los asesinados de la carretera —«peste negra» permanente del siglo XX—, quizás haya menos peligros de contaminación del ambiente, las familias se verán forzadas —medie inflación o deflación— a recortar sus ansias «consumistas», renacerá la poesía idílica. Uno podrá cruzar la calle sin excesivos riesgos para su esqueleto y sin que los pulmones padezcan más gases nocivos que los provenientes del cigarrillo, y quizá sin siquiera los del cigarrillo. La contrapartida, con todo, pone la carne de gallina. Tal como la tecnocracia nos ha propiciado el «habitat», ya no es posible volver a la tartana. El ahogo será total. Y repito: lo de Israel es accidental. La fantasía de los alfaquiles es imprevisible. Puede que un día exijan la supresión de las longanizas y el jamón, como programa universal. No dudo que, si en su mano estuviese, Golda Meir nos impusiera una dieta parecida. Unos y otros son residuos del Antiguo Testamento.

Lo trágicamente divertido es —dentro de la limpidez del planteamiento— que los políticos y los negociantes del Occidente, y su prodigiosa fauna de técnicos, serviles, no hayan previsto el drama. Confiaba —sin descartar a los marxistas— en la docilidad de la oligarquía coránica. Confiaban también —todo hay que decirlo— en la inextinguible emanación de hidrocarburos que pueda dar de sí nuestro subsuelo. Era una idiotez. Porque los «propietarios» de pozos, árabes o tejanos, siempre podrán hacer lo que les plazca, o porque, en última instancia, el petróleo no es inagotable. Tendrían que haberse ingeniado una solución de recambio: buscar, en sus laboratorios, un truco químico que suplantara al carburante colonial. No se han precipitado en hacerlo, según se desprende de los datos asequibles. Desde Washington y desde Moscú, científicos y ministros miraban más hacia la Luna que hacia el Golfo Pérsico. Y la realidad, en el fondo, es ésta: ni troyanos podrán continuar sus «garden-parties» científicas en el Satélite sin condensar —no importa que a esa se le llame «diplomacia»— ante los propietarios del «oro negro». Una jovial paradoja de la historia —y de la geología— nos lleva a reflexionar acerca de la terminología, o de la verborrea, al uso. ¿Quién es colonia de quien? Todos somos colonia del Corán petrolífero, si bien se mira. La última batalla la ganó Almanzor. O Muza. Si es que Muza y Almanzor, son fantasmas distintos, que no lo sé, ni me interesa. Israel, en este contexto, se traduce en una broma.

Joan FUSTER